

TRES CAPITULOS SOBRE LA JUVENTUD (1)

I

EL ESPIRITU DE LA JUVENTUD

Observa Keyserling que los países jóvenes de las dos Américas no pueden comprender en absoluto los problemas europeos, puesto que éstos son resultados de un pasado que no existe para el Nuevo Mundo. Las dos Américas han unido sus voces al coro de la Historia en otro instante que Europa; tienen otro punto de inserción en el devenir universal y de ello resulta una melodía fundamentalmente distinta y un ritmo diferente, pues el peso específico de los mismos acontecimientos es distinto para el Nuevo Mundo que para el Antiguo.

Del mismo modo, toda vida joven tiene una melodía distinta y un ritmo diferente a la vida adulta. La natividad significa un hecho nuevo y singular. El solo hecho de que una vida comience más tarde, la coloca ya en condiciones distintas. Los padres, cuando intentan hacer seguir sus indicaciones a los hijos, olvidan que su punto de partida fué distinto y, sobre todo, que ellos mismos han cambiado profundamente desde sus años juveniles. Por mucho que duela a los padres, son los hijos quienes fisiológicamente y biológicamente, tienen

(1) ISIDRO MAS DE AYALA nació en Montevideo en 1900. Cursó estudios de Medicina en la Facultad de Montevideo y en ella recibió el grado de doctor. Su vocación le inclinó a la especialización en los estudios de Psiquiatría y logró en breve tiempo jerarquía y autoridad magistral como médico alienista. Profesor de la Universidad, Jefe de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina, Delegado Oficial del Uruguay a la II Conferencia Americana de Neurología celebrada en Río Janeiro en 1930, laureado ese mismo año con el Premio Soca de la Facultad de Medicina, conquistó, mediante concurso, el cargo de Médico Psiquiatra de la Colonia de Alienados, y en 1932 fué designado Director de ese instituto modelo, cargo que actualmente ocupa. Viajó por Europa, nutrió su espíritu de ciencia y de arte y se incorporó a la pléyade de médicos humanistas para quienes la literatura, si es expresión de las inquietudes del espíritu, es también un instrumento más en la lucha contra la enfermedad y contra la muerte. Pensador a quien preocupan los problemas sociales, escritor de personal acento y de viva sensibilidad, Alberto Zum Felde ha escrito de uno de sus libros: «el autor de «Cuadros del Hospital» — sentidos y pensados en los fríos hospicios de los humildes — logra transmitir en forma concisa y palpitante, el íntimo dolor vivido por él mismo frente al dolor de las criaturas, en una misericordiosa fraternidad con los que sufren, en un estremecimiento profundo de alma cristiana aunque atea... Hombre tanto como artista, sus cuadros no son sólo delectación

razón cuando se resisten a seguir el camino que los mayores le marcan a nombre de su experiencia. Falta de este factor renovador propio de la juventud de hacer las cosas por sus propias manos y como por vez primera — que es en síntesis afán de verificación, experimentación y progreso — la humanidad no habría avanzado mucho más de lo logrado por su primera generación.

*
**

Las fuerzas nuevas de que está lleno el espíritu del joven, todo él tendido hacia el futuro, cargado como una levadura de elementos renovadores del medio, su firme deseo de ser tenido en cuenta y de ocupar pronto un sitio en el mundo, hacen que la juventud no tome en consideración el pasado y, en consecuencia, la historia, a la que no se siente ligada profundamente ni mucho menos subordinada a ella como una vida o un pueblo adultos.

Las coordinadas y abcisas que señalan la situación del joven en la vida son distintas a las del adulto. El mundo de éste se halla integrado por recuerdos, elementos y experiencias, que carecen muchos de ellos de significación para el joven. Recuerdo mi sorpresa cuando mi hijo, que tenía 9 años, me preguntó qué era una lámpara, pues no había visto ninguna. Piénsese cuán distintos significados y proyecciones que para nosotros tendrán los mismos hechos para los jóvenes de la época actual, cuyo mundo está libre de elementos que integran todavía el nuestro y formado en un instante en que la técnica, las conquistas científicas y los conceptos modernos integran con valores nuevos una realidad diferente a la que a nuestro turno conocimos.

cruel de sibarita de sensaciones y de efectos. Un gran clamor de justicia se eleva de las páginas de su libro, que, en el fondo, es la protesta de una conciencia contra el torpe egoísmo humano, una afirmación de amor evangélico. Libro de emoción, porque está sentido con perceptividad de poeta, y libro de bondad porque lo inspira un gran sentimiento de piedad y de justicia humanas, «Cuadros del Hospital», ha revelado a un escritor altamente apreciable, que nos promete otros aportes mayores». La bibliografía de este escritor es la siguiente: «Lecciones de Química Inorgánica», «Elementos de Biología», «Química», y varias monografías, entre otras, «Una aldea de Alienados. La villa de Gheel», «La asistencia de psicópatas en Alemania y en Suiza» (informe de un viaje por Europa), «La Colonia de Voltena», «La asistencia de los alienados fuera de los asilos». Ha publicado también numerosos trabajos científicos en los Anales de la Facultad de Medicina, Archivos Médicos del Uruguay, Revista de Psiquiatría de Montevideo, en especial sobre el tratamiento de la parálisis general por las fiebres terapéuticas y sobre la demencia precoz por el coma insulínico y el cardiazol. Es autor, además, del «Estudio clínico de la fiebre recurrente española» (laureado con el Premio Francisco Soca) y del ante-proyecto sobre reglamentación de la asistencia de alienados que sirvió de base para la Ley de Alienados en vigencia en nuestro país desde el 6 de agosto de 1936. Su semblanza titulada «El maestro en la cátedra. Escuchando una clase de Ricaldoni», fué publicada por los Anales de la Facultad de Medicina al producirse la muerte del sabio profesor, que fué su maestro.

En cuantos aspectos que no advertimos nos pareceremos a aquellos arquitectos que siguen construyendo duomos, columnas y cúpulas, no advirtiendo todas las posibilidades nuevas obtenidas con la intervención del cemento, y para quienes, sin duda serán revolucionarios aquellos que sin tomar en cuenta los antiguos métodos correspondientes a otros materiales ya superados, emplean sólo los actuales sacando de éstos todo su partido.

Si se piensa que toda ciencia, aplicación e industria están llenas de elementos del pasado que se siguen empleando por inercia y porque la mente conservadora del hombre no ha advertido en que grado puede prescindir de ellos, compréndese cuan necesario y útil es el espíritu de los jóvenes en su oposición y crítica de lo existente. Y a tal punto se cumple de este modo una función renovadora de inapreciable importancia que no se advierte bien si aquel desligamiento de la historia que caracteriza a los jóvenes es una consecuencia de su vida nueva que tiene su estilo propio o es un factor biológico que como una fuerza natural está llamada a cumplir su función valiosa e irreemplazable.

Vimos ya que las vivencias afectivas que llenan el pecho del joven son tan fuertes y plenas que hicieron decir a uno de ellos que estaba enamorado pero no sabía de quien. Del mismo modo, esa función renovadora y de oposición de la juventud es tan sincera y legítima que esta edad, en muchos casos, es revolucionaria sin saber contra qué ejercer su espíritu de rebeldía. Si se ha afirmado que es realmente la vida la que pasa a través de nosotros — y no nosotros por la vida, como habitualmente creemos — el espíritu de la juventud que pasa a través del hombre y lo ocupa durante un número determinado de años, cumpliría, además de otras funciones de considerable valor, una función renovadora de la cultura, imprescindible para el progreso humano y de la que serían sólo efectos secundarios aquellas características de oposición y de contradicción que hemos visto.

*
**

Es tan vasta esta función de renovación que se realiza a través y por medio del espíritu de la juventud, que parecería como que también aquello que no ha tenido lugar ni oportunidad de realización se valiera del entusiasmo cálido y nuevo de los jóvenes para exigir su turno en la realidad. Planes e ideas que han permanecido en esbozo, proyectos y concepciones que no han tenido ejecución y que han quedado como en el taller de un escultor las formas inconclusas en arcilla, intentan a través del fuerte anhelo de acción de los jóvenes su oportunidad de realización y reclaman su derecho a la existencia. Se realiza así como una revisión de valores, creados y no creados. El espíritu de rebeldía de la juventud y la apasionada fuerza de oposición al mundo que halla creado son favorables a su inclinación y entusiasmo por lo

no existente y a que levante la bandera de lo no creado. Por esto, todos los nuevos movimientos, tanto sociales como artísticos, universitarios como literarios han reclutado entre los jóvenes sus más apasionados adeptos. Esta chance que la vida le da a lo no creado a través del espíritu juvenil es necesaria y útil, pues no siendo así no habrían salido a la luz, triunfantes y renovadores, numerosos conceptos, planes, tendencias, doctrinas, que la humanidad adulta habría olvidado o mismo que no habría tenido en cuenta.

Muy a menudo, los padres y también los consejos y autoridades, sin comprender la riqueza anímica que hay en esa apasionada fuerza de rebeldía de los jóvenes, la consideran como irreverentes desconsideraciones, hasta merecedoras de sanciones, no advirtiéndole que en la evolución de las ideas tal espíritu de oposición desempeña una valiosa función, sin la cual la realidad existente quedaría fija y cristalizada de un modo definitivo. Para quien ha edificado en la orilla quizá le parezca rebeldía del mar el ascenso de la alta marea, que no obstante, a menudo, levanta barcos que, sin ella, quedarían definitivamente encallados. Y no de otro modo, y cumpliendo funciones de inapreciable valor, actúan el viento, las lluvias, que tanto molestan al habitante de las ciudades que protesta contra tales insustituibles factores de la vida animada, a los que llega hasta a llamar «inclemencia del tiempo». También, cuando no se le ha comprendido, se ha llamado espíritu revolucionario, insolencia, capricho, mala voluntad, ingratitud, «inclemencias de la edad», a la oposición y rebeldía de los jóvenes, que cumplen su valiosa función renovadora y que, por tanto, no deben ser coartados, pues son como esas varillas que en los laboratorios de química se llaman «agitadores» y que impiden, por el movimiento con que animan a una solución, que ésta, por el reposo y la quietud, se deposite en formas cristalizadas, fijas, inmodificables.

*
**

Por otra parte, tan fuerte y cargado de profundas vivencias es tal espíritu que escasa eficacia tienen para apagarlo las restricciones y diques que a ella puedan oponer padres y rectores. La ley biológica formulada por Hans Much y referente a que todo lo *menos* es compensado, no por la cantidad exactamente justa, sino por un múltiplo de dicha cantidad, de tal modo que generalmente las dificultades pueden ser propulsoras de desarrollo, se cumple también en la vida del hombre, a tal punto que toda la doctrina de la compensación de Adler está comprendida en aquella ley biológica general.

Mostrando la exactitud de esta ley puede verse cuan a menudo son factores de exuberantes reacciones, como las podas en arboricultura, las coerciones que intentaban impedir el surgimiento del espíritu juvenil. En nuestra América tocó iniciar el movimiento de reforma

universitaria, y ¡con qué fuerte brío y tan alta eficacia! justamente a la juventud apretada dentro de los moldes rígidos de la Universidad más conservadora y reaccionaria del continente. Por ello, mantenemos nuestra esperanza sobre el futuro de esas juventudes que seducidas por la ilusión del rol histórico que se les dice que están desempeñando y embriagados sus sentidos con palabras, músicas marciales y proclamas, son deformadas por astutos e interesados jefes que las mantienen en engaño y defraudan sus verdaderos destinos.

No obstante la brutal y prolongada deformación, no puede estar muerta en esas juventudes su verdadero espíritu, fermento de nobles reacciones y de más altos futuros. Por aquel principio de la acción y la reacción, que es tan verdad que se cumple también en el mundo físico, aparecerá triunfante, una vez más, del tiempo, de los métodos hábiles y de los hombres astutos, el espíritu de la juventud, demostrando la sabiduría del viejo pensador hindú que comparaba los intentos de deformación de la vida animada a quien quisiera contener dentro de un cesto las raíces de un baobab: el poderoso árbol, en cuya savia late la vida y reclama sus derechos, que no se olvidan y desconocen en vano, acaba triunfante por hacer estallar las varillas del cesto, secas ataduras sin vida.

II

ASPECTOS DE LA JUVENTUD

Meditando el tema de estos capítulos hemos vuelto a leer nuestras páginas de la época estudiantil, escritas cuando estábamos próximos a los 20 años, y hallamos que las ideas y conceptos en ellas contenidas no son tan nuevos ni singulares como entonces creímos, dado que se les pueden señalar características comunes con las páginas de todos los jóvenes de esa edad en todas partes del mundo.

Existe en ellas una evidente tendencia a la generalización, el tono es habitualmente afirmativo y categórico, es excepcional hallar el empleo del modo condicional y son tan raras las dudas como frecuentes las afirmaciones. Radicales en los juicios, no agotábamos, no obstante, el análisis que debe precederlos. Anotamos como con prodigalidad, no siempre justificada, empleamos calificativos exagerados. Nuestra generación dispensó por lo menos a tres personas el título de maestros de la juventud y, después de quince años, creemos que uno sólo lo merece realmente. Creímos con firme convicción que el movimiento de reforma universitaria a que se adhirió nuestra generación estudiantil contenía todo lo mejor, lo bueno y verdadero, y que su realización era impostergable, creencia renovada que cada generación repite a su turno en la misma edad de la vida.

La disconformidad contra la vida que hallamos creada nos llevó a

quebrar lanzas contra los hombres a los que supusimos los autores y única causa de las imperfecciones del mundo que encontrábamos. Nuestra admiración por ciertos filósofos y escritores, — Nietzsche y Schopenhauer, por ejemplo, — se debía más, ahora, lo vemos, a las abundantes negaciones rotundas que a sus menos numerosas afirmaciones positivas. Al modo como entre los seres descontentos de la propia existencia vivida se hallan con frecuencia adversarios enconados del régimen social en que viven, y al cual por derivación atribuyen la causa de sus pesares, análogamente suponíamos que los adultos eran los verdaderos y únicos culpables de la vida organizada, no advirtiendo entonces todo lo que la vida, por ella misma, es de injusta, dura y enemiga, aun mismo del hombre con mejores intenciones.

Por otra parte, no sabíamos todavía cuán distante de la realidad se halla aquella noción del deber, simple y rígida, de que se habla en los libros escolares. Suponíamos que todo dolor era injusto, que existían siempre soluciones perfectas, que el bien es perceptible con facilidad, y que para el hombre era tarea fácil distinguir tanto lo bueno de lo malo, como lo justo de lo injusto. No sabíamos de la existencia de zonas intermedias y quizá sea la característica más general de las producciones juveniles esa exclusión de lo intermedio, que es precisamente lo más general. Radicales, extremos, exagerados, no atemperados por un juicio crítico que sería prematuro exigir antes de la madurez, se observa en los escritos de los jóvenes que contienen verdad, pero no toda la verdad, y su lectura hiere un poco al discernimiento justo, al modo como también hiere a los órganos perceptivos del gusto el sabor no sazonado de las frutas verdes, en las cuales, no obstante, están acumuladas en potencia tan altas virtudes y un promisor futuro que no tardará en triunfar, lozano y maravillosamente, en la plenitud de su mágica madurez.

*
**

El radicalismo extremo, que es uno de los caracteres del pensamiento de los jóvenes, tiene varias causas, unas visibles, otras más profundas. La natural ausencia a esa edad de un juicio crítico, sereno, exacto, que sería irreal exigir entonces, deja libre el camino a la expansión desbordante de los sentimientos, a la exaltación de la imaginación, y entonces, como lógica consecuencia de un análisis crítico que no se ejerce certeramente, aparecen esas características juveniles: la simplificación extremada del problema, por no tomar en cuenta todos sus términos, la seguridad excesiva en las afirmaciones, por no conocer aún la frecuencia de los casos intermedios o de excepción, el plano de lo absoluto en que se mueve siempre su pensamiento, carente todavía de los elementos de juicio y de experiencia que le irán dando una mayor comprensión y una adaptación cada vez más justa a las circunstancias particulares. Su tendencia a abarcar los más grandes pro-

blemas con conceptos afirmativos, absolutos y generalmente utópicos, lo coloca habitualmente fuera del problema y su actitud es generalmente teórica como lo sería quien llegara a la expresión de la conclusión del silogismo sin tomar en cuenta todas sus premisas.

Tan abundante es su edad en incógnitas y problemas, que se mueve el joven sin fijeza y sin terreno firme donde apoyarse, en un mundo cambiante y sin formas que es su grandeza y su dolor a un tiempo mismo. Que extraño es, pues, que entonces para no perder el equilibrio se tome con apretado brío de puntos fijos, teorías, doctrinas, maestros. De este modo, no es raro que en los actos del joven intervenga el deseo no consciente de seguir a un modelo o un ídolo, que es generalmente una personalidad que se admira, un profesor o un compañero más adelantado.

Del mismo modo, todos recordaremos cómo en las clases de filosofía, literatura, instrucción cívica, hicimos nuestras, por las mismas razones, la causa de un autor, escritor o economista, que generalmente no estaba entre los que el texto o los críticos indicaban como el superior, y, quitando significación a los restantes, exagerábamos su valor con cálido entusiasmo. Tales exageraciones y exclusiones son a menudo conscientes y se es llevado a ellas por cierto grado de venturosa irresponsabilidad que no exige fundamentos profundos para tales elecciones y que no excluye, por otra parte, la posibilidad de cambios y oscilaciones, por las que a nadie se le ha ocurrido nunca hacer reproches a esa feliz edad.

Viviendo en un mundo de planos no fijos, tiene el joven necesidad de afirmaciones y su dogmatismo exaltado no es, como podría creerse a primera vista, la exteriorización de una seguridad firme sino, por el contrario, su mecanismo psicológico es del mismo orden que ese exagerado aspecto de firmeza con que algunas personas ocultan la falta de seguridad en ellas mismas. Por otra parte, aquellos cálidos apasionamientos por un modelo, un autor o una teoría, pasan pronto como si en la intensidad se hubiera agotado toda su energía y es la existencia de estos cambios y modificaciones lo que distingue este dogmatismo juvenil del dogmatismo correspondiente a la cristalización adulta del cual no se cambia más.

Tumultuoso mar de tendencias, impulsos y oscilaciones es el mundo del joven, que es llevado y movido por las olas en su flujo y reflujo constante sin alcanzar la orilla. ¿Qué extraño es, entonces, que en ese caos que lo levanta y lo deja caer, deba tomarse con vigor y para su seguridad de esos puntos de apoyo que va cambiando uno por otro a medida que se aproxima a tierra firme?

*
**

Si referente al espíritu del joven a seguir lo nuevo y quebrar lanzas siempre por las innovaciones y reformas ha podido decirse

que no siempre es nuevo lo que la juventud toma como tal — lo que no cambia los términos de la afirmación anterior porque en todos los casos existe la misma creencia en lo nuevo, — en cambio nunca nadie ha podido negar el desinterés y la nobleza que existe en las actitudes juveniles. Además de elevados y generosos móviles, aquella misma falta de inserción justa en la realidad, contribuye a que se halle ausente del espíritu juvenil todo cálculo utilitario y el interés de fines personales, y, a tal punto ello se cumple, que podría afirmarse que cuando una vida joven se caracterizó por un hábil y precoz aprovechamiento de sus posibilidades ha sido porque pasó rápidamente por aquella etapa y maduró prematuramente.

Esta ausencia de fines personales y su permanente inclinación por las causas nobles es tan propia de la juventud que en ninguna otra edad el hombre actúa con mayor desinterés y más total olvido de su utilidad personal. Tal virtud hace de las agrupaciones juveniles resonadores sensibles para las causas más ideales y elevadas. No sabemos de ningún caso en que la juventud haya callado por interés su valiente grito, haya enmudecido por prudencia, haya enajenado su presente lírico y rebelde a las conveniencias de un futuro más ventajoso, ni haya dejado de tener frente a la injusticia, al desborde de la autoridad y al dolor, las persecuciones y las explotaciones de individuos, de razas o de naciones, esas nobles actitudes tan espontáneas y rápidas que son a su psicología lo que un acto reflejo es a la fisiología humana.

Es tan sensible la perceptibilidad de los jóvenes por las causas desinteresadas, que consideramos que un adulto puede orientarse por ella para discernir frente a varias soluciones cuál es la más noble y generosa. Aun en los casos en que es exaltado y extremadamente exagerado, el espíritu de la juventud cumple su función, pues no es menos exagerado el conservadorismo de las generaciones adultas ya fijas y cristalizadas.

Imprevisor e imprudente, sin cálculo ni fines utilitarios, bohemio, generoso derrochador de sus energías como de su bolso, para cuya administración no existe el día siguiente, sin experiencia ni habilidad para obtener de su propia riqueza un amplio rendimiento, el hijo pródigo fué, sin duda, el único verdaderamente joven entre todos los hijos y el digno representante de este ejemplar lírico de la juventud que hemos bosquejado.

III

LAS DOS EDADES

Rebosante su espíritu de energías exuberantes, llega el joven a su entrada a la vida colectiva pensando hallar una función digna para la importancia de sus propósitos y para la aplicación de esa superabundancia de fuerzas que siente bullir en sí mismo, y encuentra que

la sociedad, ya hecha y organizada, no lo tiene en cuenta ni considera necesaria su cooperación. No han de caer los brazos del obrero desocupado al hallar las palabras: no hay trabajo, en la entrada de la fábrica, con mayor decepción y protesta que los que hallan eco en el espíritu del joven frente a esa indiferencia, que llega hasta lo despectivo, de la sociedad adulta ante la jubilosa oferta de su concurso, que no es solicitado ni atendido.

Soñar con un rol histórico en el que se pone toda su alma y encontrar que en el reparto de funciones no se es tenido en cuenta, creer que el mundo le estaba esperando para cumplir su obra a su hora y hallar que nadie le aguarda en parte alguna, llegar con alforjas y la mente rebosantes de propósitos vastos, de planes extraordinarios, de proyectos magnos, y encontrar que la sociedad utilitaria no le da sitio en sus filas y tiene ya todos sus puestos ocupados por personas comunes, sensatas, sin fantasía, a las que no considera superiores: tales son algunos de los aspectos de la tragedia del joven que con menos fortuna que el navegante histórico no halla en corte alguna quien venda sus joyas para procurarle las embarcaciones que necesita en su empresa de revelar el nuevo mundo de cuya existencia no duda.

La sociedad adulta, que el joven acaba por considerar sin alma, apaga su entusiasmo, enfría sus aspiraciones y por todas partes lo organizado ya consolidado opone la inercia de sus formas fijas a los propósitos e intenciones del recién llegado. ¿Dónde están aquellas comunidades, de cuya existencia no se dudaba, prontas para el triunfo del bien y donde hallarían auditorio y prosélitos aquellos vastos planes de progreso y de justicia social? ¿Dónde están los hombres prestos a la inmediata acción, y sensibles a la resonancia del verbo nuevo? A cambio de ello, encuentra el joven una generación adulta, prudente, llena de retaceos, que dosifica su entusiasmo condicionado, que sólo se agrupa en asociaciones con fines limitados y generalmente utilitarios, tan distantes de aquellos propósitos siempre tan vastos que el propio joven no llega a precisar sus límites. Y es así que sólo con jóvenes de su edad puede asociarse para iniciar campañas tan justas — y que le sorprende que no hallen más adeptos — como la defensa del indio en el continente, la agrupación de todos los idealistas o de los jóvenes de todos los países, la fundación de una verdadera entidad de lucha, como aun no ha existido otra y la aparición de una revista literaria o de combate — Renovación, Vida Nueva, Germinal, Ariete — enteramente libre y no sujeta, como todas las ya existentes, a un directorio de adultos o a una administración con fines comerciales.

*
**

¿Halla, acaso, mayor resonancia el joven que persigue tales propósitos cuando, buscando eco para sus aspiraciones tan idealistas, se dirige

a intelectuales ilustres que han triunfado después de sus luchas, a su hora, y cuyas obras de juventud son precisamente el verbo que sigue excitando a los espíritus jóvenes?

Cuando el joven Holderlin, cuyo espíritu lírico se quemaba en la llama de su propio juego alcyoniano, llegó hasta la corte de Weimar para tener su ansiada entrevista con Goethe, éste era ya consejero de la corte y tendría, sin duda, ese aspecto de olímpica frialdad con que lo representa su estatua que se halla en Viena, junto a los palacios monumentales del Imperio Austríaco. Su firme perfil de águila de poderoso vuelo; bajo la alta frente, su mirada serena con que parece observar al universo, y aquel su aire distante de orgullo, indiferencia y esa glacial superioridad que lo ponen a tono con los palacios aristocráticos que rodean al monumento.

En una crisis de vacilación espiritual, buscando la exaltación de sus entusiasmos y la confirmación de su credo artístico, quiere ir Holderlin a beber en las propias fuentes creadoras y recitando aquellos versos de la juventud goethiana, que son para él ejemplos de lírica grandeza, llega, tumultuoso y candente, hasta el magno poeta. Goethe es entonces consejero de la corte y ha perdido gran parte del fuego de su fuerte inspiración artística; ésta ya no constituye su preocupación central y se halla ocupado ahora en frías teorías científicas sobre la formación de los huesos del cráneo y el origen de las hojas de las plantas.

Goethe, que ha sido uno de los espíritus más diferenciados que ha tenido la humanidad, y que para cada edad de su existencia tuvo la plena y justa floración, pasando a su hora fuertemente por cada una de las etapas evolutivas, había pasado ya naturalmente la época en que volcó sus anhelos en aquellas poesías que encantaban a Holderlin, quien llegaba suponiendo que el tiempo, que no había modificado sus libros, había dejado de transcurrir también para el autor.

De allí, que fuera natural la actitud de cada uno y que, por ello mismo, no se entendieran. Holderlin, en busca de exaltación lírica, llegaba hasta el poeta que en ella lo había iniciado y encontraba la atemperada moderación. Creía encontrar el candente fuego que cargó la pistola de Werther y escucha consejos de prudencia y serenidad. En su lucha dolorosa contra la dura vida enemiga, a la que odia con todas las fuerzas de su espíritu irreal, viene a pedir ayuda a quien con sus proclamas lo impulsó a la lucha, y oye ahora indicaciones de hacer con la vida una transacción pacífica. Su sangre late en sus arterias jóvenes y sólo necesita un lema, una bandera, una causa para ofrecer su vida, como Byron por la independencia griega, y escucha del consejero de la corte de Weimar, lecciones de tranquila moderación. Y, pensando al fin, que él está más cerca del Goethe juvenil que lo que está el frío naturalista, se aleja Holderlin de Weimar, llevando en su alma el gran desencanto que hallan generalmente los jóvenes que

arden en la llama nueva de su edad, cuando se aproximan a aquellos espíritus que a su turno hicieron los himnos y poesías que ahora tiene en sus labios la juventud y ante los cuales se sienten desilusionados porque no hallan la misma imprevisora y lírica locura, el desordenado e incontinido impulso, la irreverente valentía y aquel ardor sin prudencias que fueron, a su hora, las características de su juventud vivida.

*
**

Nada del espíritu juvenil, ni su entusiástico anhelo, ni su actividad infatigable, puede reemplazar al valor de la experiencia vivida, y en ello tienen razón los adultos. Pero jamás un joven dejó de realizar un acto porque la experiencia ajena lo disuadiese, puesto que el joven, por aquel fenómeno psicológico de que toda situación es vivida en él como un hecho singular sin precedentes, no halla aplicables a su caso los consejos que escucha de los mayores. Y también tiene razón, porque toda vida por el hecho de comenzar más tarde se halla frente a situaciones nuevas. De allí, que desde que la tierra es habitada por el hombre, las dos edades se contemplan sin llegar a comprenderse: la edad madura, unas veces con poco agrado y, en ocasiones, con benevolente ironía, mirando la imprevisión de los jóvenes, su radicalismo extremado, sus entusiasmos cambiantes, sus afirmaciones y negaciones rotundas, exageradas, superlativas; y, por su parte, la juventud mirando a la edad madura con ánimo exigente y con vivo reproche, pues supone que si el mundo no ha llegado todavía a soluciones perfectas y definitivas, es por culpa de la debilidad y falta de valor de los adultos y juzga a esta edad con juicios categóricos y absolutos, a los que llega rápida, pero a menudo injustamente, y en los que se cumple, como para la excitabilidad fisiológica del corazón la misma ley «del todo o nada».

ISIDRO MAS DE AYALA
